

El silencio de la iglesia

Ángel Isaac Tapia Morales
Lingüística y literatura hispánica
angel.tapiam@alumno.buap.mx

El final tuvo su inicio aquella noche invernal, aquella noche en la que el ensordecedor silencio de la iglesia fue roto, aquella noche que fuimos perturbados por el terrible vaivén que retumbó en sus muros pintados en rojo y blanco, sacudiendo los pilares, tronando los arcos, dejando caer la cruz del enorme atrio sobre las baldosas marmoleadas, dando casi la impresión de que la tierra misma estaba siendo sacudida por una mano divina para expeler al pecado del mundo.

Tan inesperado e intenso siniestro no fue ni de lejos lo peor de aquella noche, por mucho que yo anhelara que fuera el caso. Lo cierto es que no fue el movimiento lo que me arrastró del reino de Hipnos a mi lecho, sino un alarido de ultratumba que sólo podía razonarme como la presencia de un ser infernal en mi alcoba, pero al encontrar entonces la más mínima fibra de valor en mí y atreverme a entreabrir un ojo para así presenciar su horrible faz, no logré ver más que la impenetrable oscuridad de madrugada, solitaria y en silencio, maldito silencio.

Mis tiernos oídos y mi agitado corazón hicieronme pensar que lo que escuché no fue más que una cruel ilusión venida desde la profundidad de mi alma, el resultado de algún malestar que malos humores fluyendo por mi cuerpo causaron en mi mente, pero el sonido se mantuvo tan presente y vivo en mi cabeza como la memoria más recóndita que aún conservo.

La falta de una explicación sólo sirvió para desesperarme, pues el padre se limitó a explicarle al pueblo que es algo natural que la tierra necesitara moverse, que tales eventos no son más que la voluntad del Señor, y que

nosotros sus hijos no tenemos motivo para temer a aquello que Él decida. Esperaba que dejara tales explicaciones endulzadas y mentiras piadosas para los campesinos, incrédulos y pavorosos, con temor a lo desconocido, pero al preguntarle en privado sobre la verdadera explicación, el anciano me miró con ojos de desaprobación y me dijo que ya poseía la mera verdad, ordenándome que guardará silencio.

Pero no le obedecí; le exigí al menos una explicación para el aullido que interrumpió mi sueño, cuestionando si era acaso natural que un simple roce de la tierra causara un sonido tan ajeno a cualquier criatura en la pura naturaleza del Señor. Su pálido rostro perdió los pocos rastros de rubor que tenía, y me ordenó con firme palabra que no indagara más sobre este asunto si no quería encontrar respuestas para las que no estaba listo, y allí me dejó, confundido y enfadado.

Sus palabras prendieron una ferviente llama de ira y curiosidad en mí, no comprendía por qué se negaba a decirme la verdad, ¿cómo era capaz de decirme que no estaba preparado para la verdad? Yo, que era hijo de una familia poderosa, una familia de científicos y teólogos de gran poder intelectual, eruditos que llegaron a la tierra de la Nueva España, lugar donde reinaba la superstición idólatra de los indios y la ignorancia del campesino, no había respuesta que yo no podría anticipar, ninguna verdad tan perturbadora que no pudiera comprender, ningún misterio que mi mente científica no pudiera develar.

Pidiendo perdón por permitirme un poco el pecado del orgullo, podía decir que no sólo estaba preparado para la respuesta, yo ya sabía cuál era. Los mitos y leyendas de la

región no eran desconocidos para mí, estaba familiarizado con la vieja historia sobre una bestia atrapada bajo un convento, una criatura alada e infernal como ninguna otra vista en el mundo viejo ni en el nuevo, un demonio de la antigüedad encerrado en un túnel bajo una casa de Dios; no había mejor candidato para el responsable del movimiento de la tierra o aquel rugido desgarrador.

No vi más alternativa que ir por debajo del padre, figurativa y literalmente; si no estaba preparado para revelarme la verdad, era sólo porque la verdad era digna de ser descubierta. Así, pues, me dediqué a buscar por semanas una puerta, una entrada, un pozo por el cual pudiera acceder a las profundidades ocultas del convento, a las que no querían que me adentrara.

Fue durante aquellos días en los que noté a los otros susurrando ante mi presencia, alejando la mirada al verme, yendo a otra habitación al notar que podía escucharlos, el silencio regresó a la iglesia gracias a mi labor. Sólo había un ruido que ocasionalmente lo rompía, sordos murmullos a través de las paredes, rumores entre los hermanos de nuestra orden, escuché incluso a alguien mencionar mi nombre del otro lado de la puerta que daba al estudio del padre, hasta que un tropiezo mío hizo que cayera en silencio de nuevo, forzándome a salir de allí.

Sus cambiadas actitudes no lograron detenerme, me hicieron sentir poderoso en mi búsqueda, como si fuera el único león entre ovejas, el único con el valor suficiente para descubrir la verdad a la que tanto temían los otros, sentimientos de orgullo que sólo aumentaron cuando finalmente di con el lugar de acceso hacia los túneles bajo el convento a través de las baldosas quebradas.

Gélido era en verdad el pueblo en el que se hallaba el templo, más en esos días invernales en los que el aire se convierte en metal caliente que ataca el rostro y titiritea los dientes, pero aquel túnel parecía estar situado a las orillas del lago Cocito, la vela que tenía en mano era tan efectiva sobre mi piel como lo es una cubeta de agua en la tarea de apagar el sol. Intentando con toda mi fuerza y una tanta de más que le pedí al Señor, seguí mi camino por aquel agujero de tierra y roca, con cada paso más contento de haber elegido explorar de noche, no sólo porque así logré adentrarme sin sentirme descubierto, sino por el hecho de que cualquier luz diurna que hubiera podido ofrecerme una guía por ese misterioso rumbo no estaba presente en el túnel.

Después de lo que debieron ser cinco minutos, tiempo que mi mente interpretó como una hora de descender a lo que comenzaba a parecer una división del mismísimo averno que Dante olvidó registrar en su obra, llegué a una gran cámara de piedra bloqueada por una puerta, una de reja de metal negro. Antes de que me viera demasiado frustrado ante este aparente obstáculo en mi misión, noté que la reja carecía de un candado, o un seguro, o cualquiera cosa que bloqueara el acceso hacia el otro lado; mi mente estaba tan centrada en finalmente presenciar a la bestia como para considerar el gran peligro que presentaba adentrarme en su prisión, o para cuestionar el por qué la prisión de un demonio tendría tan insuficiente seguridad.

El chirrido de la puerta al abrirse fue tan fuerte que retumbó a lo largo del túnel, pero no le di importancia, lo único que buscaba era acercarme al dragón, mas no escuchaba ninguna respiración, ni ningún movimiento, incluso dejé de escuchar los latidos de mi corazón, de nuevo aquel maldito silencio invadió todo y me sacó de quicio más que nunca.

Me adentré más a la cámara, seguro de que allí encontraría su rostro escamoso, sus ojos rojos como el carbón, su mirada aterradora y su hedor a azufre infernal, pero no los encontré.

Me adentré más a la cámara, seguro de que allí tropezaría sobre alguna garra, algún pliegue de piel dura como la roca a mi alrededor, pero no los encontré.

Me adentré más a la cámara, seguro de que allí al menos escucharía el tronar de un hueso; quizá sólo quedaba el esqueleto decrepito de un demonio difunto, quizá la bestia no era más que los restos de lo que alguna vez fue.

Me adentré más a la cámara, y allí escuché el tronar de un hueso.

Volteé la mirada hacia abajo, y allí no vi un cuerno, ni una garra, ni un colmillo; vi sólo un cráneo humano. Con el corazón en la garganta y mis piernas paralizadas, levanté un poco la vela, y vi más adelante otro cráneo, y otro, y otro más.

Ahí, en lo más profundo de la cámara, había una colección de cráneos y huesos desechados como si nada, los restos de docenas, quizá cientos de personas, apiladas unas sobre otras, abandonadas, olvidadas, dejadas a pudrirse debajo de la sagrada casa de Dios. Mis ganas de correr fueron casi tan grandes como mis ganas de arrojar mi cena por la boca, pero no logré hacer ninguna de las dos antes de

escuchar el chirrido de la reja abriéndose nuevamente.

—La misión de la iglesia no es posible sin sacrificios, hijo mío.

Escuché a la voz del padre hablar por detrás mío. No volteé a verlo, no fui capaz.

—Este pueblo, toda esta región estaba repleta de herejes paganos, adoradores del demonio que se rehusaron a escuchar la palabra de Dios, fue nuestra sagrada labor asegurarnos que el pecado dejara a esta gente, y ahora, gracias a nosotros, han logrado ver la luz, pero no podemos olvidar jamás nuestro pecado, por eso es que estos restos se mantienen aquí, para jamás olvidar el precio que conlleva desobedecer un mandamiento.

No respondí nada, no sabía si había algo que pudiera decirle.

—Pero aquellos que sobrevivieron no pueden saberlo, no deben, o su ira los tentará a volver a sus ídolos. Sus mentes son pequeñas y vulnerables, un solo desliz los llevará de nuevo a los brazos de Satanás, tú más que nadie lo sabes.

Lo sabía, siempre lo supe, y ahora sabía que aquel alarido de agonía no fue soltado por ningún demonio, pues yo también sentía la urgencia de soltarlo.

—Por eso es que no podré permitirte salir, por mucho que me duela, pero quiero que sepas que tu gran pecado al desobedecerme ha sido perdonado, ve en paz.

No sé qué ocurrió después, porque fue el final, no sé si lo que sentí fue el helado ardor de una hoja atravesando mi piel, o el breve dolor de una piedra aterrizando sobre mi cabeza.

Sólo estoy seguro de que caí, de que no podía moverme, ni podía hablar. Sólo sé que, entre los restos de seres que toda mi vida vi como inferiores, seres cuya conquista siempre vi como un mal necesario, y ante cuyo verdugo también sucumbí, logré formular un único pensamiento: nadie sería capaz de distinguir mi cráneo de entre los cientos que yacían allí.

